

# CÓRDOBA LITERARIA

Revista quincenal

## SUMARIO

Falta de ambiente, *A. Jiménez Lora*. Dos sonetos: Aquel día y La elegia del odio, *Francisco Villaespesa*. ¡Quiquiriquí!, *Salvador Rueda*. Contradicción, *Manuel de Sandoval*. Anécdotas, *Enrique Redel*. Horas de ausencia y Purificación, *Andrés González-Blanco*. El "Diario íntimo", de Enrique Federico Amiel, *R. Fuentes Güez*. Boston, *Julio Acha*. ¿?, *E. Rosa de Nieve*, *Antonio Arévalo*.

Quince céntimos.

Imp. Moderna, María Cristina, sin núm.



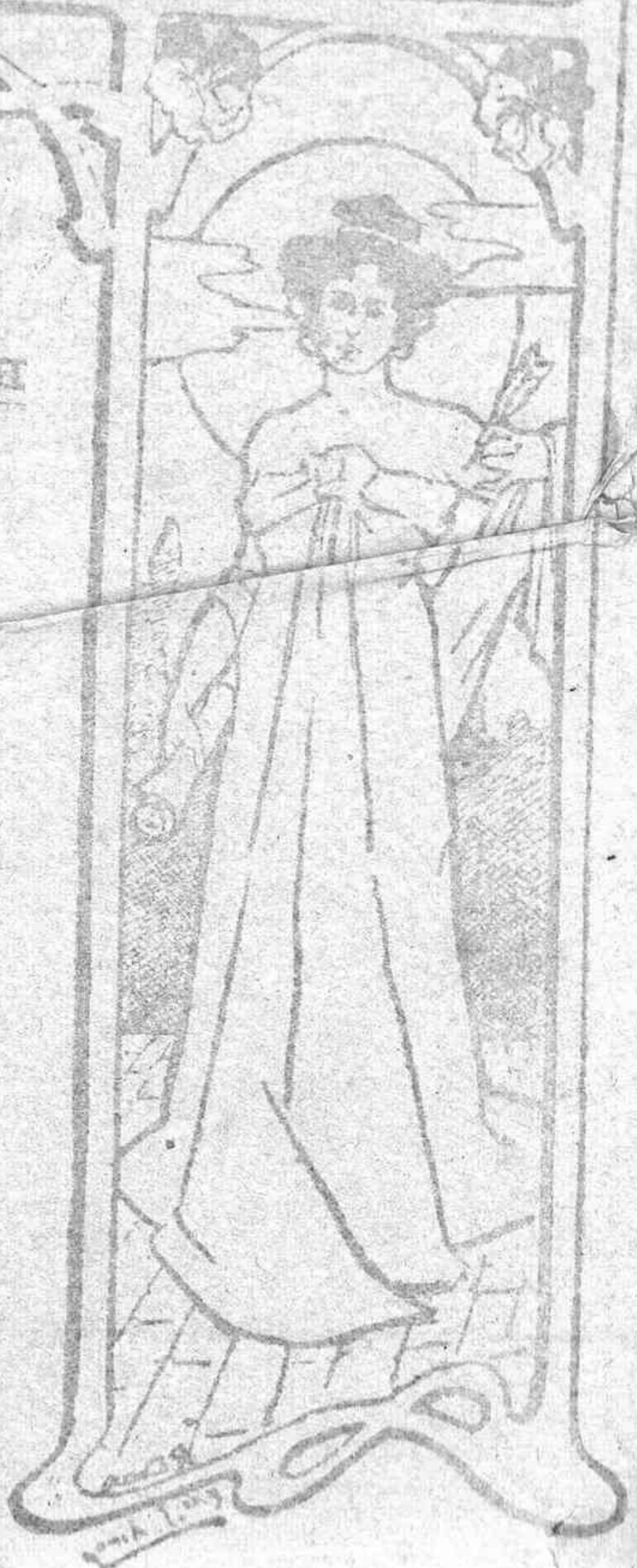
# CÓRDOBA LITERARIA

Revista quincenal

## SUMARIO

Tabla de contenidos. El primer año. Dos series  
de artículos y la elegía del otro. Prólogo. Villancos  
de la ciudad. Poemas. La Gran Comandancia. Man  
de la ciudad. Anuncios. Juegos. Juegos de  
saca y trucción. Juegos. Juegos. Juegos. Juegos.  
no latino. de la ciudad. Juegos. Juegos. Juegos.  
de la ciudad. Juegos. Juegos. Juegos. Juegos.  
de la ciudad. Juegos. Juegos. Juegos. Juegos.

Quince sentencias





# Córdoba Literaria

REVISTA QUINCENAL

Director. A. JIMÉNEZ LORA

No se devuelven los originales.

Redacción y Admón.: Azonaicas, 12.—La correspondencia al Director, S. Fernando 61.

## FALTA DE AMBIENTE

Hay que decirlo fríamente, serenamente, sin pedanterías: CÓRDOBA LITERARIA morirá asfixiada en este ambiente de frialdad y de rutina que la rodea.

Nació esta Revista sana y vigorosa, con el entusiasmo de una juventud que toda su energía la dedica á un ideal noble y elevado: admirar la belleza en sus múltiples manifestaciones, y sana y vigorosa se ha sabido mantener en todos sus números publicados.

Pero así como aquel personaje de Federico Nietzsche hablaba y sus palabras se perdían como en un desierto, así nosotros, que hemos cultivado las prosas bellas y los versos sentimentales de la juventud que viene pujante derrocando ídolos falsos, caducos, é interpretando la belleza en formas nuevas y delicadas, hemos pasado sin dejar la más leve huella en los espíritus amoldados á esta vida cotidiana, vulgar y desesperante. Sin ayuda de centros y de personas pudientes, nosotros que no somos «intelectuales», ni aún siquiera poseemos el título de abogado, hemos llevado esta idea á la práctica y la hemos desarrollado con éxito moral.

Firmas de prestigio en el mundo literario nos han prestado su colaboración espontánea y han tenido para nosotros frases de cariñoso afecto. En cambio ¡oh paradoja! en nuestro público intelectual y de bufete, apenas si se han dignado aceptar la suscripción. Podríamos citar nombres de personas conocidas que después de haber aceptado y leído esta revista (¡qué frescos!) han devuelto el recibo—0'75 céntimos—y se han guardado los números, tan campantes. ¿Querrían, quizás, que era un regalo? Así es imposible seguir adelante. Y en plena vida y con una colaboración brillante y numerosa, esta Revista se irá por falta de ambiente donde poder desarrollarse. Y aunque pequemos de inmodestos, en esta ocasión debemos hablar claro y alto. Nues-



tro sacrificio intelectual y pecuniario ha sido estéril. No creimos nunca que el escepticismo y la indiferencia de nuestro público llegaría á tal extremo, que al ver que este periódico no era «cosa de niños» ó labor de principiantes, nos dejarían sin prestarnos su apoyo decidido. Y hoy ya desalentados, sin fé, tendremos que rendirnos ante la vulgaridad reinante y dejarnos de ensueños y de lirismos.

El vino, las *juergas* y los chanchullos electorales, privan más por estas tierras. En la patria de Góngora y Saavedra el escribir de asuntos literarios es una cursilería; una tan sola Revista quincenal no puede sostenerse dignamente. Falta algo en los espíritus. El arte es algo íntimo, sincero y hay que saber sentirlo.

Y las almas burguesas, aunque educadas en bibliotecas, no saben, no pueden sentirlo.

**A. Jiménez Lora.**

## DOS SONETOS

(INÉDITOS)

### AQUEL DIA

De codos en la mesa, la mejilla  
apoyada en el dorso de la mano,  
vuelvo á sentir como una pesadilla  
la calentura de tu amor lejano.

Mis ojos no te ven, pero te siento  
avivar el sopor en que me postro,  
y estás tan cerca que me abrasa el rostro  
el cálido perfume de tu aliento.

—¡La boca mi bació tutta tremante!!—  
Sobre las vivas páginas del Dante,  
ciegos á nuestro instinto, nos besamos...

Vimos una mirada de agonía...  
El libro, melancólicos, cerramos...  
¡y no leimos más desde aquel día!

**F. Villaespesa.**

### LA ELEJIA DEL ODIO

Mi odio más fuerte que mi amor, las ve-  
te hará arder en intensa calentura, (nas  
y morirá tu alma de locura  
bajo el remordimiento de mis penas.

Oirás siempre á un espectro que te nom-  
bra,  
y esgrimiendo el puñal del asesino  
seguirá paso á paso tu camino,  
aun más constante que tu propia sombra.

Y ya vidriados, lo verán tus ojos  
sonriente seguir tu triste entierro  
cuando tu cuerpo de terror sucumba.

¡Para saciar su ardor en tus despojos  
lo oirás aullar, de noche, como un perro,  
escarbando la tierra de tu tumba!

**F. Villaespesa.**





# ¡QUIQUIRIQUÍ!

(CUADRO SALVAJE)

La calidad de sangre de *Josefilla la Pelona*, por otro sobrenombre *La Quiquiriquí*, difícilmente podría tenerla otra mujer que no hubiese heredado, como ella, su bravo temple sanguíneo de un padre peleador como un gallo inglés y de una madre, mordedora como un ácido, y dotada de una lengua como un cuchillo.

No había cosa más conocida que esta verdad que digo, en *cierta calle* de una población andaluza, donde á cada mañana, á cada mediodía y á cada tarde, oíase la voz infatigable de la *Quiquiriquí*, peleándose con sus vecinas de vida y comercio porque una de esas tales parecía como querer convertirse en cimbel para quitar á la *Pelona* el hombre que, como yedra ó como esponja absorbente, tenía á su lado desde hacía tiempo.

Las relaciones sociales de esas vecinas, eran la nata y flor, puede decirse, de todo lo tiznado, de todo lo sucio y de todo lo vagabundo y soez que se arrastra por el mal oliente fondo popular de la andaluza población. Fama tenía la calle, no solo hasta en el más lejano suburbio de la capital, sino en toda la provincia, y buena fé de ello daban todos los arrieros y hombres mozos de pueblo, que por primera vez fueran á la bullanguera ciudad, porque regresar á sus casas sin hacer posada en la característica calle, era cosa tan imposible, como ir á Toledo y no ver la campana gorda.

La *Quiquiriquí*, por consiguiente, era la figura más adecuada para vivir en tal ambiente, y en él tomó título de apaleadora y pendenciera, no habiendo en ninguna batalla campal, ó asamblea de puñetazos al aire libre, quien le hubiese mojado jamás la oreja con saliva, ni quien hubiese podido echarle la zancadilla, como hablando de peleas, dicen los salvajes machos de mi tierra.

El mismo sobrenombre de *La Quiquiriquí*, veníale á la *Pelona* de que, por muy intrincada que fuese una refriega y por muy decididas que fuesen sus rivales, el coronamiento de toda reyerta en la costrosa calle, era inevitablemente subirse Josefilla á cualquier piedra inmediata, sacudir los brazos como un gallo sacude las alas, y exclamar satisfecha y orgullosa de su triunfo: *¡Quiquiriquí!*

Pues aun teniendo la bélica mujer tan alarmadores antecedentes, tropezó con la que vivía en su misma calle, cuyo apodo, *Espabila Carrillos*, decía más de las bofetadas de frente y de cuello vuelto que sabía dar, que cuanto pudiera decir aquí mi pluma torpe y falta de color.

La despabiladora de mejillas lo fumaba de á veinte la cajilla, en punto á meterle el resuello para adentro á toda hija de madre y á dar matraca y cantaleta á la más audaz; y como dice un axioma físico (desconocido en absoluto por la *Quiquiriquí* y por la *Espabila Carrillos*), que "dos fuerzas iguales, cuando chocan se destruyen," había un interés loco el día en que las dos iban á batirse á arañazo limpio y á bofetada seca por el mencionado *hombre-yedra*, el cual, mientras llenaba la andorga, tanto le importaban los desafíos de la una como los desplantes de la otra.

La calle toda regocijábese en oír las primeras bombas que, de ventana á ventana, comenzaron á lanzarse ambas mujeres.

—Tú vienes por mi hombre, y se ha de ir contigo, como yo he de ir á la gloria: antes



se esterará la calle con los cuatro pelos, con que te formas el coco, que arrancarme tú la prenda de mi corazón y de mis entrañas, que ha venido á la vida sólo á darle gusto á la *Pelona*, á ésta que te va á pintar un jeme en la cara en cuanto te descuides.

—¡Ja, ja, y qué peste á panteón, con tantos muertos como tú echas al hoyo! Quiero yo llevar en mi entierro, aunque no sea más que un cacho de vela, para ver yo misma cómo voy difunta por dentro: tú estás hecha á pasear la calle como un gallo de pelea que arrastra el ala, y esa ala la voy yo á echar en la olla para que dé sustancia á la berza.

—Ven á arrancarme las plumas, que aquí están, míralas.

Y la *Quiquiriquí* se empezó á remangar las mangas, hechas girones, del vestido, como quien se dispone para entrar, con toda la dignidad de su buena fama de camorrista, en aquella memorable batalla.

La calle, de punta á punta, estaba llena de gente del mismo vivir, que se asomaba á las roidas ventanas y á los más roidos marcos de las puertas, denotando el interés que había por ver, frente á frente, á las dos temibles rivales.

No fué larga la lucha, ni largo el prólogo de palabras chorreantes de color inmundo, tras de que se dió á los cuatro vientos la reñida é inesperada victoria.

Bajó primero de su piso la *Espabila Carrillos*, en cuanto fué provocada por la *Quiquiriquí* al enseñarle ésta las plumas imaginarias de los brazos, que le dijo fuera á arrancarle. Era una obra de arte, aun no llevada al lienzo, la figura aquella de la *Carrillos*, con la pelambre crespa y salvaje, parecida á un montón bronco de tentáculos, con el vestido como una bandera llena de un millón de remiendos, á remiendo por pelea, con las chancas que parecían una remota reminiscencia de zapatos, y con las dos plastas de arreból furioso y alarmante, que convertían en dos artificiales candelas sus mejillas.

—Aquí está la que va á pelar la gallina,—exclamó con una voz de sargento harto de morder blasfemias y cartuchos,— aquí está la que te va á arrancar el *Quiquiriquí*, la cresta que te da la nombradía de valiente y de pendenciera. ¡Baja, baja á la calle para que nos veamos las caras, tía trizas, tía zurcidos, tía cloaca! Eres el depósito de las viruelas, la fuente de las calenturas, el engendro del tabardillo. Ven, que yo sí que te voy á dejar pelona, cabeza llena de tiña, cuerpo lleno de botanas. ¡Anda, que tienes el pezcuezo rizado de costurones, como el fuelle de un acordeón!

—¡Mira quién habla! ¡la sartén de la calle! ¡la escoba de barrer las salivas! ¡el palitroque de desatrancar lo que yo sé! ¿Qué carrillos has despabilao tú? ¡Como no vengas á despabilarme esto! ¡Anda tía roña, tía hospital, que eres capaz de envenenar á una botica!

—¡Pues mira la Baronesa de la Fístula, la Marquesa de la Podre, la Vizcondeza del Estropajo! ¡No andas, sino que te llevan los bichos, tía ambulante! Baja, baja y verás...

—Como la perdiz macho que, al oír la voz de otra perdiz igual, metida en la jaula, acude arrastrando el ala y gallardeándose y haciendo posturas de arrogancia y desafío para acercarse poco á poco al palenque, así la altiva, la suprema y la, estaba por decir, *angusta Quiquiriquí*, apareció en plena calle, ya atestada de personas que deseaban presenciar el duelo á muerte, y avanzó cínica, gallarda en su altivez, azulada por la emoción trágica que hacía vibrar como un alambre su cuerpo, y temblándole en el alto remate del coco un clavel de un encarnado vivo, que parecía una insultante bandera de fuego.

—¡*Quiquiriquí!*, gritó sacudiendo los brazos como un gallo guerrero y dirigiéndose á su rival, á la cual, dicho sea con la exactitud del que novela, le faltó un latido en el cora-



zón y sintió cierta ráfaga de frialdad correr por sus nervios al experimentar la emoción dramática que aquel grito bélico derramó en el ambiente fogueado.

¡Y las manos de ambas se cruzaron y fueron á cogerse mutuamente de las crestas!

—Dos calés van jugaos por la *Pelona*,—gritó un negro limpia-botas, que presenciaba el desafío.

—Van por la contraria,—respondió un vividor de la valentía, un baratero, que salía de una de las ínfimas casas con los ojos imbécilmente hinchados por el sueño.

Del primer embite, la *Carrillos* le arrancó un caracol á la contraria diciendo:—¡No dirás que no te quiero, cuando te quito las liendres!

—¡Pues mira tú, qué peine!—y la *Quiquiriquí* engolfó su mano, muy semejante á un manojo de garfios, en el peludo zarzal de su contrincante, y el rodete, con raiz y todo, salió volando por el aire.

—Tenía muchas ganas de cogerte, bribona,—agregó con respiración amplia y bronca como quien quiere aspirar toda la atmósfera de un sorbo para apaciguar algo con éter, la emoción. Seguidamente le dió á la *Carrillos* una embestida en un ojo, y con una uña dura como el gavilán de un azadón, le dilató el lagrimal hasta hacerle del semblante una espantosa carátula.

—Al tremendo dolor, la *Espabila Carrillos*, sacóse del seno huesoso y profanado una navaja, y dirigiéndola á la ingle de la *Quiquiriquí*, sepultó la hoja diciéndole con una voz que no le cabía en la laringe:

—¡Toma hombre!

Después de esto, no se supo, durante unos diez minutos, quién iba venciendo á quién, ni qué mujer superaba en valentía á la otra. Sólo se vió, de pronto, que la *Carrillos* monedaba de trapos á la *Quiquiriquí* teniéndola con la cabeza entre sus muslos y que mostraba al público lo que no hubiera querido la *Pelona*, diciéndole:

—¡Mira, mira como te los despabilo!—y le daba un torteo cómico-trágico á su inclinada rival.

En la calle, todo era un azuzamiento brutal á las dos batalladoras mujeres, y cualquier caída de una de ellas, levantaba la riza bárbara del pueblo inculto y canallesco.

Por fin, tras de espantosa refriega, cayó al suelo, con todos los síntomas de una inerte, la *Quiquiriquí*, y todavía su contraria cogió una chancla que se le había caído, y abofeteó, con la suela, la cara, color de muerte de la derribada.

Después le arrancó el clavel, que por un raro milagro aún tenía fijo en el pelo; lo clavó en el suyo propio, como si fuese una brillante cresta, y montándose encima del cuerpo caído, sacudió los brazos como solía hacer la vencida, y cantó:

—¡¡Quiquiriquí!!

\*  
\* \*

Al grito de triunfo, el clavel onduló, y rayó, con vivo vaivén, el aire, como si fuese una llama trémula.

**Salvador Rueda**





## CONTRADICCIÓN

Cuando mi cuerpo ó mi alma  
hiere, implacable, el dolor,  
y, al exhalarse, la queja  
se convierte en oración,

no es porque la fé que un día  
mi espíritu iluminó,  
vuelva á alumbrarme de nuevo  
con su divino fulgor;

es porque á veces el alma,  
por rara contradicción,  
aún cuando á Dios desconoce,  
invoca y suplica á Dios.

Por eso, mientras combaten

la mente y el corazón,  
sin que se puedan poner  
nunca de acuerdo los dos,

acepta mi sentimiento  
lo que niega mi razón,  
y, aunque rechazo la fé,  
me enciendo con el amor.

Del mismo modo la nieve,  
si es herida por el sol,  
aunque repele su luz,  
se funde con su calor.

**Manuel de Sandoval.**

## ANÉCDOTAS

de varios personajes y tipos, recogidas directamente del pueblo

### III

Se dice que varios piconeros cordobeses, gente famosa por su especial gracejo, entre los cuales sobresalía un Antonio González, apodado *el Manano*, deseaban conocer personalmente al célebre matador de toros D. Luis Mazzantini, aprovechando la ocasión de que se hallaba en Córdoba. Valiéndose, al efecto, del popular Rafael Molina Sánchez, *Lagartijo*, y en su compañía, se presentaron los indicados piconeros en la fonda donde Mazzantini se hospedaba. Este, como de costumbre, se hallaba decentemente vestido, con su polonesa larga, cuello alto, elegante corbata y sombrero hongo que tenía puesto por disponerse á salir á la calle en aquel instante. Don Luis recibió la visita con agrado; hizo una cortés reverencia á los piconeros y estos se miraron recelosos y acabaron por contemplarle estupefactos.

Al fin *el Manano*, que no podía comprender que tan acicalado «señorito» fuese torero (y menos en aquella época en que los diestros aún no se habían *aristocratizado*) hubo de sollispase y pensando que acaso todo fuera una broma de las muchas que solía darle *Lagartijo*, exclamó señalando á D. Luis y encarándose con su presentador:

—¡Pero, oye, Rafael!... ¿Este es *Mazantine*? ¡Esto es un *comedurce*!

**Enrique Redel.**



## HORAS DE AUSENCIA

Para "Córdoba Literaria,"

¡Crisálidas de ideas, larvas de sentimientos,  
que dormís en el fondo de mi alma esperando  
que unos dedos vibrantes os agiten pulsando  
vuestras dolientes fibras en contados momentos!...

Momentos que yo ansío; plácidos ó violentos  
son los únicos dignos de vivirse, soñando  
que no se vive, acaso en la sombra escuchando  
la voz lejana de unos pianos soñolientos...

Vidas que se han vivido un instante en la mente...  
Si estamos en el lecho, pasa por nuestra frente  
la mano suave y grata, cual mano maternal;  
la sobrenatural mano de lo Inconsciente  
que nos hace adorar algo que se presiente  
y que luego se esconde y se hunde en lo fatal ..

## PURIFICACIÓN

Puedo ofrecerte aún, novia primera,  
que eres mi permanente sortilegio,  
mi alma pura, virginal y entera  
como en los claros días del colegio.

De mi vida febril en la carrera  
me ha parecido siempre un sacrilegio  
profanar esa imagen hechicera  
digna de la oblación de un florilegio.

Y por eso al caer al sucio lodo  
de los amores viles y venales,  
tu dulce amor lo purifica todo...

Y salgo intacto y puro como un niño  
de las más ardorosas bacanales,  
gracias á la ilusión de tu cariño...

Madrid 9-I-1908.

**Andrés González-Blanco.**

## El "Diario íntimo," de Enrique Federico Amiel

Atrae y obsesiona la lectura de estos libros insondables como el *Diario íntimo* del filósofo poeta-ginebrino.



Durante treinta y tres años, ó sea más de la mitad de su vida, este delicado espíritu fué anotando, día por día, las múltiples y encontradas sensaciones de su ser.

Gran explorador del misterio, no se preocupa más que de ahondar en su *yo*, analizando el germen de toda idea y todo esfuerzo. Ya Paul Bourget en su meritísimo estudio dice: «Para Amiel nunca fueron más que una sola y misma cosa pensar y mirarse pensar, sentir y mirarse sentir.»

La impresión del libro, es la de una clara noche de luna en que los objetos aparecen esfumados, sin contornos, envueltos en esa suave obscuridad que vela el detalle y hace pensar en misteriosos arcanos, bajo un cielo negro salpicado de estrellas.

Al leer sus dolorosas páginas se és expresa de una profunda melancolía.

No late en ellas el pesimismo brutal de un Schopenhauer ni la arrebatada exaltación de un Nietzsche. Algo más humano y conmovedor penetra hasta nosotros, haciéndonos comprender la inutilidad de todo esfuerzo y depositando en el alma la morbosa semilla del renunciamento.

Los paisajes pasan por la retina de Amiel dejando sólo una impresión dulce y melancólica. Son más espirituales que precisos. Escribe refiriéndose á una vista desde la estación alpestre de Villars. «Bonito efecto de otoño. Todo estaba cubierto esta mañana y la muselina gris de la lluvia ha flotado por todo el circo de nuestras montañas. Ahora ha crecido la banda azulada que aparecía al principio detrás de las cimas lejanas, subido hacia el zenit, y la cúpula del cielo, casi limpio de nubes, deja que se derramen sobre nosotros los pálidos rayos de oro de un sol convaleciente.»

Trasciende de todo este *Diario* la sensación de un dolor vivísimo que se amortigua en el ensueño. Por nuestros ojos pasan las páginas con su inquietante tic-tac de, *Día tantos .. Más tarde*, como si pretendiesen escapar de la vida y fuesen señalando un camino invisible entre las sombras, á través de Budha y del Nirvana.

La maraña de nuestras ideas tocada por la mágica varita del filósofo, se revuelve, gira en torno á nosotros interponiendo una gasa ténue entre la realidad y nuestra vida... Y entonces parece como que nos elevamos, que penetramos por un pequeño espacio de tiempo en esa región pura, serena, donde alienta todo espíritu superior. Ya somos comprensivos, ya nos aproximamos en cierto modo al genio creador, y aún las ideas envueltas en el enredijo de la metafísica se nos muestran con la mayor clarividencia.

Además, Amiel no necesita de esta inspiración para ser comprendido; en



lo que constituye la flor de su espíritu se muestra descarnado y sin piedad. Leed: «El reloj de arena ha dado la vuelta; ha fenecido el término. ¿No has cosechado? Mal hecho. ¿Has soñado, te has dormido, has olvidado? Tanto peor. Cada cual se recompensa á sí mismo. ¿A quién ni de quién te quejarás? ¡Ay!»

Su alma contiene infinitas vibraciones del alma universal. Hallamos puntos de contacto que electrizan. Muertos los ideales, derrocadas las estatuas y los templos, sólo vemos efectivo esto: el Dolor. Para desecharlo es preciso matar la sensibilidad, poner el ardor de nuestras fuerzas en las cosas efímeras. De aquí esta regresión hacia la causa, hacia el origen de nuestra existencia y de nuestros actos.

Siempre, al final de nuestras andanzas, sea cualquiera el camino que emprendamos, distinguimos ese fantasma vago y espantable: ¡Nada!... ¡La Muerte!...

El *Diario íntimo* de Amiel es el éxodo de una atristada vida espiritual, y cuando con finísima sensación trata de sondear el misterio, cuando jadeantes y atribulados esperamos una revelación disipadora de tinieblas, vemos cómo la luz enfermiza de su inteligencia se achica y se dilata en estertores agónicos... La materia triunfa... La carne muere... El espíritu se apaga inexorablemente...

Sus últimas palabras son: *19 de Abril. Aplanamiento... Languidez...*

*Que vivre est difficile, ô mon cœur fatigué!*

Es desesperante que los libros no digan todo lo que quieren expresar, ni nosotros comprendamos todo lo que nos quieren decir.

**R. Fuentes Gúez.**

---

## BOSTON

---

Con esbeltez gallarda destaca tu figura  
de sonrosado rostro y de griega escultura  
entre las mil hermosas que pueblan el salón;  
tus ojos ardorosos son tan grandes y bellos  
que el sol envidiaría sus fúlgidos destellos  
cuando miran henchidos de amorosa pasión.

Tan fragante es tu cuerpo que las más aromadas



de entre todas las flores y las más perfumadas  
marchitas rodarían al verle cimbrear  
ante tus piés esbeltos formando presurosas  
alfombras de jazmines, de nardos y de rosas  
para que las pisaran tus plantas al andar.

Son tus bucles de pelo tan finos y sedosos  
cayendo por los hombros suaves y primorosos  
que los tejen gusanos de seda al parecer;  
tus blanquecinos senos rebosantes de vida  
parécenme dos copas que nieve derretida  
en su marfil convidan amantes á beber.

Bailando airosa giras en boston elegante  
moviendo presuroso tu cuerpo lujuriente  
cual al abrirlos mueve sus pétalos la flor;  
das con coquetería una vuelta y suspiras,  
y en los círculos bellos que formas cuando giras  
en la alfombra, se lee esta palabra: amor.

¿Quieres bailar conmigo, que es lo que mi alma ansía?  
¿Dices que sí? Pues junta tu mano con la mía  
que ya la orquesta empieza el vals á preludiar.  
Tu cabeza en mis hombros y tu mano en mi brazo,  
y así, en estrecho y dulce y pasional abrazo,  
amorosos lancémonos al salón á bailar.

¡Qué placer, vida mía! Tu contacto me embriaga  
y de mis desengaños la fuerte llama apaga  
que no existen las penas estando junto á tí,  
pues para el alma humana más apenada y triste  
tan sólo la alegría vivificante existe  
al mirar un instante tu rostro de alhelí.

Bailemos placenteros el boston amoroso,  
bailemos sin descanso, bailemos sin reposo,  
que es el bailar contigo mi más grande ilusión,  
pues esbelta y gallarda destaca tu figura  
de sonrosado rostro y de griega escultura  
entre las mil hermosas que pueblan el salón.

**Julio Acha.**





“Amaos los unos á los otros.,,  
*Jesucristo.*

No lo conocí en los primeros momentos; su vista trajo á mi pensamiento, como á través de una bruma, mil recuerdos de esa época de la vida en que los menores detalles quedan tan impresos, sin poder precisar la causa que hacía vibrar mi memoria, pero á sus primeras palabras acudió un nombre á mis labios que fué acogido con amarga sonrisa.

—¿Me habías olvidado? ¡Todos iguales! ¡Lo mismo me ocurre con todos! ¡La mayor parte de la vida juntos y han bastado pocos años para que se olvidase una amistad fraternal! ¡Cada día me inspira más repugnancia lo que llaman vivir! Unos dicen que estoy loco; otros que soy un degenerado, los más me contemplan con indiferencia y algunos me dirigen una mirada de lástima al contemplar á un hombre en plena juventud, con el semblante pálido, mirada indiferente y el gesto asqueado y despreciativo del escéptico ~~abriendo~~ <sup>abriendo</sup> mi boca; pero á esta situación que he llegado, ni me han traído exaltaciones de mi espíritu, ni remembranzas de tiempos románticos. Entré en la vida lleno de ilusiones, con ansia de vivir, lleno de amor para los demás, á quienes consideraba como partes integrantes de mí mismo, sin comprender que hoy el egoísmo, la indiferencia más completa para todo aquello que no significa la adoración del yo, es la religión que impera, y ya comprenderás cuánto he sufrido. Toda mi alegría, mi juventud, mis apasionamientos y entusiasmos han quedado reducidos á lo que mi aspecto representa: á un ser que desprecia la vida, porque la han hecho despreciable los convencionalismos que transforman lo que debería ser un dogma universal, el amor por sus semejantes, en un código de brutales crueldades que poco á poco irán convirtiendo á la humanidad en juguete mecánico capaz sólo de verificar el limitado número de movimientos que un artífice le impusiera, perdiendo en esta comparación hasta en la menor originalidad de su aspecto exterior.

¿Te has dedicado alguna vez á estudiar la vida social? ¿Qué has visto? ¿Cuántas veces has presenciado una acción verdaderamente digna de aplauso? Ninguna. La caridad oficial y por lo tanto sin su hermoso carácter de espontánea.

El amor, ridículo, cobarde ó interesado. La amistad, agradable, mientras no es solicitada para favorecerte; el trato social, una comedia que no con-



vence á nadie, en la que se pretende encubrir nuestras bajezas con lo que se llama educación; la vida privada, si existen necesidades, un secreto vergonzoso como una deshonra para conservar el aprecio de las gentes, y en general, toda esa masa que integra la humanidad, tanto ellas como ellos, dignos unos de otros, careciendo de sentimientos, pasiones, entusiasmos, ilustración y hasta de voluntad, dejándose llevar por la costumbre, sin detenerse á pensar para lo que han nacido; haciendo de sus acciones de un día ley eterna, y acabando su vida como las piedras que se desgastan con el roce en repetidas vueltas acumulando arenas y aluviones en el término de su camino, la muerte.

Y á esto he llegado, quise luchar, pero es inútil, vengo á esperar que un día sea mayor mi desprecio por los que han convertido el mundo, que debiera ser el paraiso, en un despreciable guignol, y entonces me moriré, en vez de otra enfermedad de la que yo sufro, de asco por la humanidad.

Estreché la mano que con indiferente abandono se me ofrecía y me separé de mi amigo pensando: ¿Es un loco, un degenerado, ó tiene razón?

E.

## ROSA DE NIEVE

Pobrecita rosa  
nacida en Enero;  
destruyó la nieve  
sus pétalos bellos;  
se dobló su tallo  
al soplo del cierzo.

¡Pobrecita rosa, tan pura, tan blanca,  
cubierta de hielo!

¡Pobrecita rosa, tan blanca, tan pura,  
nacida en Enero!

El amor, con sus sueños rosados,  
deslumbrante, albergóse en su pecho,  
cuando apenas sus labios de grana  
sabían dar besos.

Encauzaron por senda torcida  
sus pasos primeros;  
el volcán que con fuerza potente  
vivía en su seno,  
apagado cayó ante la efigie  
de un hombre sin alma,

de un rico muy viejo  
que trocó su esperanza en engaño,  
su vida en infierno.

Y sus ilusiones  
y aquellos anhelos  
de amor santo y libre,  
de amor casto y bueno  
reposan con ella, con ella en la tumba...

Pobrecita rosa  
nacida en Enero;  
destruyó la nieve  
sus pétalos bellos;  
se dobló su tallo  
al soplo del cierzo.

¡Pobrecita rosa, tan pura, tan blanca,  
cubierta de hielo!

¡Pobrecita rosa, tan blanca, tan pura,  
nacida en Enero!

**Antonio Arévalo.**